

ORÍGENES DEL
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS
DE LA FACULTAD DE ARTES
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Por el mes de marzo de 1963 llegó al país el arquitecto Mario J. Buschiazzo, invitado por la Universidad Javeriana y la Sociedad Colombiana de Arquitectos. Se trataba, como todos sabemos, de un Profesor de la Universidad de Buenos Aires, dedicado al estudio de la arquitectura argentina e hispanoamericana, especialmente la relacionada con el período colonial y además autor de múltiples escritos sobre esa materia. Buschiazzo llegaba al país precedido de la fama que suele acompañar a las personas que, por sus conocimientos e interpretaciones históricas, había trascendido ampliamente las fronteras argentinas. Para muchas personas su nombre se encontraba íntimamente vinculado a los profesores españoles Don Diego Angulo Iníiguez y Don Enrique Marco Dorta, y todos tres, autores de la mejor historia del arte y de la arquitectura de América durante los siglos de la Colonia, que había sido publicada hasta esa fecha. Adicionalmente su principal obra la constituía la creación, dentro de la Universidad de Buenos Aires, de un Instituto de Investigaciones Históricas y Estéticas, con casi diez años de actividades, organismo con el cual pudo encauzar los intereses y esfuerzos de muchos otros investigadores locales, además de continuar las labores similares de sus predecesores Martín Noel y otros.

Por otra parte la invitación fue promovida por el arquitecto colombiano Carlos Arbeláez Camacho, quien se desempeñaba como profesor de Historia y además ejercía o ya había ejercido las funciones de Decano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Javeriana. El objetivo propuesto era el de dictar un curso sobre Arte y Arquitectura hispanoamericanos abierto al estudiantado de la Universidad Javeriana, público bogotano que generalmente asiste a esos eventos, y a un reducido grupo de invitados escogidos conformado especialmente por los profesores de Historia del Arte de las diversas universidades establecidas en la ciudad. El ciclo fundamental correspondía al profesor Buschiazzo, pero tanto el profesor Francisco Gil Tovar como el Maestro Luis Alberto Acuña y

el propio arquitecto Carlos Arbeláez, asumían la responsabilidad de dictar algunas conferencias en las cuales sólo se tocaban temas colombianos.

Con la presencia de los arquitectos Gabriel Uribe Céspedes (†), Germán Téllez Castañeda, Hans Rother, Helga Mora de Corradine y Alberto Corradine Angulo, y los profesores Francisco Gil y Carlos Arbeláez (†), el profesor Mario J. Buschiazzi expuso su iniciativa de conformar en cada universidad un Instituto de Investigaciones Estéticas, análogo al creado por él o similar al existente en la Universidad Autónoma de México. La iniciativa fue acogida de inmediato de manera calurosa y para dar curso a ella se suscribieron, por parte de los mencionados, sendas cartas dirigidas a los respectivos rectores y decanos de las Universidades de Los Andes, La Gran Colombia, la Javeriana y la Nacional. Pocos días después el profesor Mario J. Buschiazzi partió de regreso a Buenos Aires.

No sobra decir que antes de finalizar el año de 1963 quedaba establecido el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Javeriana, puesto que el prestigio de Carlos Arbeláez en esa Universidad era muy alto, por haber sido uno de los fundadores de su Facultad de Arquitectura. Un año o año y medio después, se logró la creación de un Instituto igual en el seno de la Universidad de Los Andes. La Universidad la Gran Colombia demoró varios años para crearlo y tan sólo de manera efímera. El caso en la Universidad Nacional fue diferente, pues con fecha 28 de mayo presentamos, los profesores antes mencionados, la carta citada dirigida al Rector de ese momento doctor Hernando Morales Molina y simultáneamente al Decano de la Facultad de Arquitectura Arturo Robledo Ocampo. El Rector dio una respuesta casi inmediata y contundente: la Universidad no disponía de dineros para crear y sostener ese tipo de dependencia universitaria. En la Facultad la situación varió en alguna medida pues el Consejo, por medio de su Secretario arquitecto Ricardo Velásquez Mazuera, nos solicitó "información sobre la metodología y programas a seguir en el desarrollo de los trabajos de investigación de edificios históricos" en oficio 311 de 24 de junio del mismo año (1963), en ella se incluyó el nombre de Rogelio Salmona profesor hasta entonces de Historia de la Arquitectura Moderna, pero quien no demostró en momento alguno interés por el tema propuesto y poco tiempo después se retiró de la docencia y de la Facultad. Un mes más tarde, con fecha 16 de agosto fueron ampliadas por los profesores vinculados a la Universidad Nacional Hans Rother, Helga Mora de Corradine y Alberto Corradine, las ideas expuestas en la primera comunicación y adicionalmente se propuso la creación de un DEPARTAMENTO DE HISTORIA ARQUITECTÓNICA, en el seno de la Facultad. Fueron planteados nueve objetivos generales entre los cuales se incluía la realización de: a) Inventario Arquitectónico del país. b) Desarrollo de las ciudades, su fundación,

y sus trazados. c) Clasificación tipológica de edificios de Colombia y países vecinos. d) Estudio de la vivienda precolombina o indígena actual y su relación con la vivienda regional y folclórica. e) Estudio sobre los materiales de construcción. f) La arquitectura militar en el país, obras de ingeniería. g) Biografías de arquitectos. h) Ficheros bibliográficos y fotográficos. i) Realización de canje de investigaciones y publicaciones. En la misma comunicación se sugería la creación de un organismo similar en la Escuela de Bellas Artes, por considerar de primordial importancia el estudio de un campo tan rico en la historia del país. Como parte del plan propuesto se diseñó la organización administrativa y complementariamente el estimativo de los costos anuales de funcionamiento, que para entonces se estimó en un valor que no superaba los 100.000,00 pesos. Poco valieron las razones presentadas en la carta de solicitud, pudo más la penuria económica con la cual tradicionalmente se debe desenvolver la Universidad, que las propuestas optimistas e ilusas de los profesores interesados del momento, enfrentadas a la visión miope del Rector pasajero.

Poco tiempo después se presentó una nueva coyuntura con la realización del IV Congreso de Arquitectura en la segunda mitad de 1964. Nuevamente el arquitecto Carlos Arbeláez Camacho logró un nuevo triunfo, en esta oportunidad al obtener de los organizadores del Congreso la inclusión de una comisión destinada a estudiar los temas relacionados con el patrimonio arquitectónico de Colombia. Esa exótica comisión ahora no falta en ningún congreso, y adicionalmente ha generado un espacio propio en el cuadro de los premios y menciones que se otorgan a trabajos escritos, obras de restauración, y otros aportes en dicho campo. No fueron muchas las personas que participaron en esa comisión, pero la conformaron sustancialmente profesores de Historia del Arte o de la Arquitectura procedentes de diversos lugares: Luis Borobio y Alberto Díaz entonces profesores en las universidades de Medellín; Antonio Gurisatti en la Universidad del Valle, Rafael Luna y María Teresa López residentes en Barranquilla, Germán Téllez Castañeda, Gabriel Uribe Céspedes, Helga de Corradine y Alberto Corradine, en Bogotá. Naturalmente Carlos Arbeláez Camacho no podía faltar y fue designado de inmediato presidente de la Comisión. Otras pocas personas no vinculadas a la docencia participaron con algún interés en los debates, como Margarita Cruz Herrán y José Ignacio Sanclemente Villalón. Hans Rother se excusó de asistir pero contribuyó con la inscripción de los profesores representantes de la Universidad Nacional.

Del seno de ese grupo surgió un ente imaginario que no contó con reglamentos ni otras modalidades jurídicas usuales en esos casos; el Instituto Colombiano de Investigaciones Estéticas, cuyas reuniones se

efectuaron por unos tres años con alguna regularidad en las oficinas de la Sociedad Colombiana de Arquitectos hasta el momento de la publicación del volumen correspondiente a la *Historia de la Arquitectura Colonial* en la *Historia Extensa de Colombia*, organizada por la Academia Colombiana de Historia y la cual editó Lerner en 1967, escrito como todos saben por Carlos Arbeláez Camacho y Santiago Sebastián López. En los años anteriores Sebastián había iniciado la publicación de diversos estudios puntuales sobre diferentes temas de arquitectura u ornamentación arquitectónica, con lo cual se convirtió en el acicate para que todos los participantes de ese Instituto adelantáramos varias investigaciones en diversos campos. Con el paso de los meses algunas reglas de juego no se cumplieron, dando lugar a ciertos roces personales, por lo cual el Instituto imaginario terminó lánguidamente cuando cada quien marchó por su propio sendero. Curiosamente en ese Instituto participaron también otras personas no arquitectos como el profesor Francisco Gil Tovar y Santiago Sebastián López a quien habíamos citado antes.

Volviendo atrás, los años subsiguientes al Congreso de 1964 fueron empleados por los profesores que pertenecíamos a la Universidad Nacional, en adelantar algunos estudios sobre temas puntuales utilizando nuestros propios recursos pero sin lograr ningún respaldo económico o académico por parte de la Facultad. Así, el 24 de marzo de 1965, fue presentado a consideración del Consejo de la Facultad, un nuevo plan para adelantar, durante una semana y con el apoyo de los estudiantes de tres cursos, una investigación sobre la arquitectura de Villa de Leyva, con un costo total previsto de 6.548,00 pesos, dirigida por los tres profesores de la materia que comulgábamos con las mismas ideas y propósitos, pues si bien Leonardo Ayala, también dictaba Historia, el tema tratado por él se centraba específicamente en el estudio de las expresiones modernas, y su tiempo de dedicación correspondía exclusivamente al de un profesor de cátedra. La propuesta fracasó pues no fue aceptada por el Consejo de entonces.

La transformación de la Empresa Colombiana de Turismo en Corporación Nacional de Turismo a mediados del año de 1968, dio pie para nuevas oportunidades en especial en el campo de la financiación, pues el conocimiento real de los recursos turísticos del país en especial los relacionados con el Patrimonio Monumental, se tornó en objetivo prioritario. A partir de ese momento fue posible presentar planes concretos de investigación, para la consideración, tanto ante esa entidad estatal como ante la misma Facultad, dentro de unas condiciones aceptables para ambas partes. De ahí surgió al año siguiente, por el mes de mayo, el primer contrato que la Universidad Nacional suscribía con el apoyo de

la Facultad y de un profesor, mediante el cual se pudo realizar un estudio sobre la arquitectura y el urbanismo en Mompox. Los resultados fueron entregados en diciembre de 1969 a la CNT, luego de algo más de seis meses de labores y fueron base para una publicación realizada conjuntamente por los dos entes estatales. En esos años era Decano de la Facultad de Artes, aún en proceso de consolidación, el arquitecto Humberto Chica Pinzón, quien comprendió que las labores de la Sección de Historia del Departamento de Arquitectura de entonces, podían tener un futuro más halagüeño.

Debe dejarse en claro que la visión de ese momento se circunscribía al simple campo del estudio histórico de la arquitectura y el urbanismo, con alguna intención de aproximarse al análisis estético. Es evidente que el corte adoptado en esos años por los demás Institutos que funcionaban en Bogotá: Universidad de Los Andes y Universidad Javeriana, correspondía exactamente al mismo que poseía el Instituto creado en la Argentina por Buschiazzo. De esa manera solamente después de realizados los trabajos iniciales por parte de los Institutos existentes en Bogotá, y cuando ya se poseyeron mejores informaciones sobre la manera de funcionar otras instituciones de investigación en países diferentes, fue posible pensar en un enunciado mucho más dilatado, pero concordante con el nuevo espectro temático asignado a la Facultad de Artes, ente académico dentro de cuya estructura cupieron, desde sus inicios, los temas relacionados con la Música, el Arte y la Arquitectura. El ejemplo más significativo de Instituto existente en ese momento era el de la Universidad Autónoma de México, cuyos logros manifestaron a las claras la validez de un plan más complejo con objetivos propios de disciplinas aparentemente dispares, pero con el cual vinieron a quedar resaltadas las limitaciones de un Instituto dedicado exclusivamente a la parte estética en el campo de la arquitectura. No obstante, para la creación del Instituto en la Universidad Central de Venezuela fue adoptado el modelo restringido.

Pese a algunos obstáculos como los antes mencionados, finalmente resultó viable la aparición de una Sección en el esquema de la Facultad, que recibió el nombre de Sección de Historia, pero dedicada exclusivamente al campo de la arquitectura, adscrita en un primer momento al Departamento de Arquitectura, en cuyo seno quedaron simplemente agrupados los profesores de Historia de la Arquitectura con que contaba la Facultad. Unos años más tarde, se determinó, en 1971, adscribirlo al Departamento de Urbanismo pero con funciones análogas y contando con la misma nómina, ampliada por entonces con los nombres de los profesores Leonardo Ayala y Manuel García.

En este momento y contando con la presión estudiantil, se modificó el Pensum de la carrera de Arquitectura, a manera de preparación para participar en la VI CLEFA que tuvo lugar en Maracaibo en 1972. El contacto con varios miembros del Instituto de Investigaciones Históricas y Estéticas de la Universidad Central de Venezuela, resultó positivo pues aclaró las ideas de los participantes en el evento, inscrito todo en un interés por los valores nacionalistas, permitió retomar los viejos planteamientos, pero solo después de unos años de graves agitaciones internas en la Universidad pudieron hacerse propuestas dirigidas a la creación de un Instituto de Investigaciones para lo cual se aprovechó el regreso a la decanatura de Arturo Robledo Ocampo y además se pudo contar con el respaldo del Director de Urbanismo, el arquitecto Manuel García Camacho. Las diversas conversaciones sostenidas por entonces, abrieron el espacio necesario para poder iniciar la preparación de un proyecto de creación que se discutiría tanto en el seno del Consejo de la Facultad como en el Consejo Académico para poder contar con existencia legal.

Las primeras discusiones se orientaron a definir las calidades de la nueva dependencia académica, pues por una parte se consideraba la posibilidad de conformar una nueva Sección, como Departamento de Historia y por otra la de crear un verdadero Instituto de Investigaciones. El paralelismo con el Departamento del mismo nombre existente en el seno de la Facultad de Ciencias Sociales, planteó a su vez la alternativa de adscribir tanto profesores como funciones a esa Facultad. En ese caso pareció claro que se perdían totalmente los objetivos propuestos. La discusión fue prolongada, pero al final triunfó la idea de crear un Instituto. La asesoría brindada por el profesor Polidoro Pinto, antiguo Secretario de la Universidad, tanto verbal como documentalmente, permitió rehacer el camino seguido para la creación del Instituto de Ciencias Naturales y a partir de ese momento encaminar todos los esfuerzos a la formación de un cuerpo docente amplio y en lo posible homogéneo, además de la estructura teórica que sirviera de soporte al proyecto de creación. Los años de 1976, 77 y parte del 78 se dedicaron a la promoción de la idea entre los profesores pertenecientes a la Facultad de Ciencias Humanas, del Departamento de Historia, donde laboraban como docentes los profesores Pablo Gamboa, Germán Rubiano y Marta Fajardo de Rueda; del Conservatorio o Departamento de Música con los maestros Guillermo Abadía, Susana Friedmann, además de profesores de Historia del Arte del Departamento de Bellas Artes, como Marco Ospina y Stella Muñoz, Lylia Gallo de Bravo y los Historiadores de la Arquitectura o del Urbanismo, Manuel García Camacho, Helga Mora de Corradine, Tomás Rodríguez y Alberto Corradine. Para este momento Hans Rother

había decidido dedicarse por completo al tema del Urbanismo y por tal motivo no formaba parte del grupo de profesores de Historia.

La voluntad de traslado de los profesores adscritos a diferentes departamentos o facultades a un nuevo organismo académico, no fue lograda inicialmente con todos los docentes, a tal punto que algunos demoraron más de un año en realizar su traslado luego de creado el Instituto y otros nunca llegaron a pertenecer al grupo de sus profesores.

La idea de un Instituto en el cual pudieran concurrir profesionales de varias disciplinas, todos ellos comprometidos con los deseos de realizar la investigación y así poder enriquecer el conocimiento sobre el Patrimonio Cultural colombiano, parecía la más apropiada a las necesidades del país, cuando en las demás universidades bogotanas solo se podía emprender estudios limitados a temas específicos. En ese punto la Universidad Nacional estaba en capacidad de ofrecer a Colombia un espacio intelectual adecuado a su propia diversidad y dispuesto a emprender mancomunadamente trabajos antes imposibles. Retornar a la condición de pionera se ofrecía como atractiva posibilidad, así en otras universidades funcionaran institutos con algún prestigio merecido por sus labores. No obstante, el horizonte del Instituto de Investigaciones de la Universidad Nacional, parecía dilatarse por estar conformado por profesionales de diversas disciplinas, y a la vez se presentaba halagüeño, por su posibilidad de enfrentar investigaciones y labores complejas, inabordable o imposibles para otros Institutos existentes en la ciudad.

Finalmente se pudo presentar, con el respaldo verbal del propio Decano, un proyecto convenientemente estructurado para la creación del Instituto de Investigaciones Estéticas, que fue sometido a consideración del Consejo de la Facultad, donde por iniciativa del Director de Urbanismo y del propio Decano, se suprimieron los artículos correspondientes a la existencia de un órgano de difusión propio, así como su Director y el Comité Editorial, luego de lo cual fue aprobado y a continuación presentado al Consejo Académico donde también recibió la aprobación requerida.

La grata noticia la recibí en un encuentro casual en el Aeropuerto El Dorado — cuando me disponía a partir para la Argentina a dictar un curso sobre restauración — de boca del propio decano Arturo Robledo. Se trataba de la culminación feliz de una empresa iniciada en 1963 y que se lograba concretar en 1978. Un mes más tarde, al regresar conocí la designación del Director recaída en el profesor Germán Rubiano Caballero, quien desde ese momento quedaba trasladado de la Facultad de Ciencias Humanas a la Facultad de Artes.

Para ese momento la nómina de profesores resultó algo más amplia que la prevista inicialmente por la admisión de nuevos profesores. Lo

demás es historia reciente, pero puede señalarse que buena parte de los objetivos iniciales continúan vigentes y han comenzado a producir sus primeros frutos, expresados en los densos artículos que corren por los cuatro números anteriores de la revista *Ensayos*, órgano de difusión del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional. Mi retiro en julio de 1989 me impidió presenciar la aparición del primer número y acompañar al Instituto en su producción, pero no me ha impedido sentir la satisfacción de seguir de lejos los logros alcanzados por todos los profesores de un Instituto que por largos años pareció una idea totalmente inalcanzable.

ALBERTO CORRADINE ANGULO
Profesor Honorario Universidad Nacional